VIII

DONDE SE ACABA EL JOLGORIO

Por el correo de Madrid llegado aquella noche y repartido á otro día por la mañana, recibió mi madre una carta que la dió mucha pena.

El portero de una casa que tenemos en la calle de Relatores se había suicidado. El administrador, para que no nos sorprendiera la noticia en los periódicos, que suponía que la habían de publicar, se había apresurado á comunicárnosla. Y efectivamente, después vimos que los periódicos llegados en el mismo correo contaban ya el caso con gran lujo de pormenores y con todos sus antecedentes y consiguientes.

Mi madre se afligió muchísimo, principalmente con el pensamiento de la desgracia eterna del suicida, y además figurándose el disgusto que les habría causado á los inquilinos la repugnante escena, disgusto

de que la echarían á ella la culpa por tener en la finca tales empleados.

Yo lo sentía también por ver á mi madre afligida, y porque precisamente había sido yo la causa de que se le diera la portería á aquel animalejo cuatro años antes.

Unos amigos, socios del *Veloz*, de donde él era dependiente, me le habían recomendado mucho diciéndome que era muy honrado. Sabía yo que era de avanzadas ideas, que asistía á todos los *meetings* revolucionarios y á todas las asambleas republicanas; pero había oído repetir tantas veces, aun á personas que parecían buenas, eso de que las ideas políticas son independientes y no tienen nada que ver con la vida privada de cada uno, y lo de que se puede ser muy liberal y muy honrado, etc., etc., que lo había ido creyendo, y pagué mi correspondiente tributo á esa tontería engañosa... Y es claro: la honradez del portero resultó parecida á la que diariamente pregonan por ahí los periódicos de éste ó del otro personaje liberal empinado; honradez que, si se va á ver despacio, suele reducirse á no haber parido...

Pero fuera de ahí... El que no ha cometido fechorías ignominiosas, está, por punto general, dispuesto á cometerlas cuando caiga. Comienzan por quebrantar el sexto mandamiento de la ley de Dios con la misma tranquilidad que si no estuviera en el Decálogo. Todo liberal convencido se echa una manceba por lo menos. ¿Quién que no tenga fe cristiana se sujeta á vivir honestamente? Después de infringir el sexto mandamiento, de lo cual ellos mismos hacen á todas horas gala y alarde... del sexto al sétimo no hay más que un paso, y le dan casi todos. Para sostener los dobles gastos de la manceba y de la mujer legítima, meten la uña donde pueden, vamos, que roban al Estado si tienen ocasión, y si no al particular, á quien cae... y siguen siendo honrados unos para otros, porque no matan. Después llegan también á matar algunas veces... y siguen siendo honrados todavía...

Hoy, gracias á Dios, estoy bien curado de eufemismos y de vigibiellos, y me pasa lo que á tí: apenas creo en la honradez de ningún liberal calificado, como no sea que se trate de algún tonto de capirote, ni me fío dos dedos de ningún descreído.

El antiguo buen sentido cristiano de la gente del pueblo, acertó á expresar este pensamiento de una manera pintoresca y gráfica. Cuando uno tiene que pasar por detrás de una caballería, lo hace con recelo y precaución, no sea que le suelte un par de coces.

—No tenga usted miedo, que no se mueve,—suele decir el dueño.

Y el otro replica:

—No hay que fiar de esta gente que no se confiesa.

Es una expresión muy hermosa que encierra una verdad indudable. Quien no tiene freno de conciencia, se entregará á los goces carnales, si se lo pide el apetito, y robará para gozar á gusto, y matará, si es preciso, para robar y gozar sin estorbos. El descreído que no es criminal es porque tiene miedo á la ley ó porque no tiene entendimiento...

El portero de nuestra casa era hijo de una familia cristiana de tierra de Segovia. Pero le tocó la suerte de soldado, y en el cuartel, donde lo primero que enseñan á los quintos es á blasfemar, comenzó á pervertirse. Luego fué asistente de un oficial vicioso y malo; y viendo que su amo, de quien él naturalmente creía que sabía más que él, no iba á misa ni se confesaba, no lo hacía él tampoco, y abandonó por entero las prácticas religiosas, viviendo como una bestiecilla cualquiera.

Después fué voluntario de la libertad en la época revolucionaria del 68, y adquirió, frecuentando el trato de liberales exaltados, odio á la religión y á los curas...

Se casó cuando le gustó una mujer cuya posesión no pudo lograr sin casarse. Tuvo hijos... Andando el tiempo, no le gustaba

ya su mujer, y se echó una amiga... No pudiendo sostener con los moderados emolumentos de su empleo los gastos de las dos familias, y no siéndole fácil robar, porque no tenía dónde, dió en dar sablazos y se llenó de trampas; y cuando la esgrima no le daba resultado, andaba siempre á tres menos sesenta. Y como donde no hay harina todo es mohina, en ambas casas tenía disgustos. La amiga le pedía sin cesar, y si no la daba, le ponía cara de hereje. La mujer, que no sabía qué se hacía el dinero, trataba de ajustarle las cuentas y tenían una reyerta diaria. En una de éstas se pegó un tiro. Fin desastroso, pero natural, de quien no cree que hay otra vida.

Porque realmente, si no hubiera más vida que ésta tan triste y tan llena de sinsabores; si con la muerte acabara todo, como dicen los materialistas; si no hubiera después de la muerte juicio de Dios, ni premio eterno, ni eterno castigo, ¿quién no hacía otro tanto? ¿Quién, que no fuera un tonto solemne, se estaría en este mundo un año y otro pasando penalidades?... Tengo para mí que los incrédulos que, no yéndoles bien por acá, no se matan, es porque no son incrédulos del todo... Vamos, que en cuanto á la no existencia de vida futura, no las tienen todas consigo...

Después que nos desayunamos fuí á Mi-

sa con mi madre, que no podía la pobre echar de la memoria al infeliz suicida, y me encargó mucho que rezara por él, por si acaso había tenido un momento de contrición y estaba en el Purgatorio. Al acabarse la Misa, que empezaba cuando llegamos, me llamó y me dijo en voz baja que ella iba á oir otra, que no la esperara, y me salí dejándola en la iglesia.

Para aquel día, que era ya el tercero y último de las fiestas, había anunciado lo primero un desafío á los bolos que se había de jugar por la mañana, de nueve á doce, en la Vega de la Cancilla. Formarían el partido diez jugadores de Asturias contra otros diez de Santander, y se había de jugar *una limonada* (vino, un poco aguado, con azúcar y limón) que pagarían los que perdieran, en cantidad suficiente para convidar á cuantos acudiesen á presenciarlo, hasta diez cántaras, á cántara cada perdicioso, si era preciso. Entre los diez santanderanos se hallaba mi condiscípulo Luis de la Salceda, del Valle de Cillorigo, aquél á quien había yo bajado á saludar en la plaza el día de la Magdalena, muchacho rico y elegante y buen jugador, de buen brazo y buen pulso. Le había visto jugar el año pasado aquí en Madrid en una vaquería del barrio de Salamanca con otros amigos y paisanos, y me gustaba mucho ver el

desembarazo y buen aire con que tiraba la bola, lo bien que la borneaba ó la daba el efecto al despedirla de la mano para que al sentar en el suelo le tomara, describiera la anhelada curva y se fuera hacia el premio, ó *ahorcara*, que es como en el juego se dice.

Por ver jugar otra vez al amigo Salceda, y aun acaso sin esta circunstancia, porque me gusta el noble y aristocrático juego leonés, ejercicio viril y templado, mucho más artístico, menos violento y más saludable que el de la pelota, tenía yo intención de asistir al partido de bolos, y cuando salí de Misa me fuí hacia la bolera.

Por la hora en que se verificaba y por la naturaleza misma del espectáculo, creía yo que éste iba á ser completamente tranquilo y presenciado sólo por aficionados; pero me equivocaba... Verdad es que al comenzar el juego no había en la bolera más que hombres; pero no tardó en tener también representación allí el bello sexo en varios grupos de señoritas que iban llegando y de primera intención se sentaban, para ver jugar, en taburetes y banquillos que atentos galanes las traían de la cantina próxima. Después comenzaron á pasearse en bandadas por la campera, bajo la sombra de los castaños y los tilos, y, por último... la juventud de la Festosa ya es sabido que

todo lo convierte en baile... se agarraron de manos y se pusieron á bailar giraldillas. Luego fué acudiendo el elemento popular, sonó la pandera, y hubo *Pericote* largo y tendido.

Agradablemente aprisionado por el interés que desde el principio me inspiraba la marcha del juego, y temeroso por otra parte de los apuros que tendría que pasar en el baile, donde me figuraba que estarían Payito é Isabel, aunque á ésta no la había visto llegar, no me moví de la bolera en toda la mañana.

Cuando se concluyó el partido, que fué muy disputado hasta el fin, y que perdieron los astures, ó porque los otros jugaban mejor, ó porque ellos estaban en su tierra y les obligó la cortesía á dejarse ganar, no pareciéndoles corriente que pagaran los forasteros, se arremolinó la gente á felicitar á los vencedores y á dar el último ataque á la limonada ó á la sangría, que también se llama así, que por cierto estaba muy buena, y que desde primera hora se escanciaba por allí á todo el mundo con largueza muy parecida al despilfarro.

Bien se notaban los efectos de semejante largueza en algunos individuos que habían menudeado las libaciones. Allí estaba en un corrillo bebiendo todavía y diciendo chistes, con una mona que no le dejaba lamer-

se, un tal Canor Tama, estudiante de teología degenerado en secretario de Ayuntamiento, quien al distinguir junto á mí á Salceda, con el cual había estudiado latín, comenzó á llamarle á voces, diciendo:

—¡Eh, compañero, ven acá, ven á darme la razón!... Aquí está mi compañero que lo ha estudiado como yo... y que no me dejará mentir... ¿No es verdad—añadía con el vaso en la mano—que de esto hizo Dios al hombre?...

Y recitaba con mucha solemnidad aquella célebre octava real que, como ejemplo de sofisma ó de argumentación viciosa, compuso en el aula *in illo tempore* un amigo mío á quien tú conoces bien y la publicó luego en un almanaque:

Dios hizo al hombre, y porque nadie yerre
Creyendo que le hizo de la tierra,
Un silogismo formaré que encierre
La verdad pura. Si Moisés no yerra,
El cuerpo le hizo Dios de LIMO *terræ*,
Y *ex nihilo* el alma que este cuerpo encierra:
Atqui este *nihilo* en castellano es NADA,
Ergo homo factus est de LIMO-NADA.

Y la gente se reía escuchándole, y él estaba en sus glorias.

En el desfile general hacia la villa me encontré con mi primo, que me dijo que su hermana estaba malucha y al salir él de casa todavía no se había levantado.

Comencé con esto á pensar si el mal de Isabel sería efecto de los disgustos que yo la había hecho pasar aquellos días, y tanto me preocupaba esta idea durante la comida, que lo notó mi madre y me preguntó qué tenía y por qué estaba tan pensativo...

Discurría yo algo que contestarla para salir del paso, cuando ella misma me sacó del apuro añadiendo:

—Si es por la desgracia del portero, ya ves, hijo mío, que nosotros no lo hemos podido remediar... ¡Dios haya tenido misericordia de él!... Nosotros no le hemos tenido la culpa, ni podemos hacer más que rogar por su alma, por si acaso está en situación de que la aprovechen las oraciones, lo cual desgraciadamente no es muy de presumir...

No la saqué de su error de que la noticia del suicidio fuera lo que me tenía triste y taciturno (¡Dios me perdone aquella especie de mentira silenciosa!), porque no me atreví á declararla el verdadero motivo de mi preocupación, ni menos á hacerla entender que era otro, sin decirla cuál, con lo que seguramente se hubiera alarmado creyendo que me pasaba algo muy grave... Así se daba el caso anómalo de que mi pobre madre, que estaba realmente afligida por el triste fin de aquel bárbaro, viniera á

hacerme reflexiones y á consolarme á mí, que apenas me acordaba ya de él...

Aquella tarde había regatas, no en la ría como otras veces, sino en el mar. Se adjudicaría el premio al bote que, tripulado por una sola persona, hiciese á vela en menos tiempo la carrera hasta determinado punto del mar y la vuelta á la playa. De modo que lo que en realidad se iba á premiar era la destreza en colocar las velas.

Había pensado yo perdonar aquella función, á la que, por otra parte, nadie expresamente me había convidado, si bien los forasteros estábamos convidados á todo; pero después de comer llegó por la fonda Salceda á buscarme para que fuéramos á ver salir los botes, y animándome también mi madre en su deseo de que esparciera la tristeza ó la preocupación, salí con él y nos dirigimos hacia la ría.

Estábamos los dos en la punta del muelle cuando salía muy llena de gente la lancha grande de la Comandancia del puerto, y el que iba haciendo de patrón, que era el *Abad* ó el Hermano mayor de la Cofradía, mandó alzar los remos y atracar á una escalerilla de piedra invitándonos á bajar á bordo. Nos resistimos á las primeras instancias; pero tanto insistió, y con tales muestras de sinceridad, que no tuvimos más remedio que embarcarnos.

Iba allí, en hombres y mujeres, todo lo más florido de la Hermandad y de sus alrededores. A la parte de popa, en un reducido cuadrilátero, formado de banquetas pintadas de blanco y azul, iba un precioso grupo de aldeanas falsificadas, entre las que se veía á Payito radiante de hermosura. Hacia allí nos llevó el Hermano mayor á Salceda y á mí, sin apartarse de nosotros hasta que nos dejó bien colocados.

Llevábamos á remolque de la lancha un botecillo con una banderola izada en la proa, sin más cargamento que un lío de muchas brazas de cordel y una piedra larguiteña bastante grande. Pregunté el objeto de aquellos aparatos, y me enteré de que íbamos á dejar aquel bote fondeado en *alta mar* para que sirviera de rumbo y de término á la carrera de los otros que se iban á disputar el premio, los cuales, después que nosotros volviéramos á la bahía, tenían que ir saliendo por delante de la proa de nuestra lancha, llegar al bote fondeado y rodearle, entrando por babor, virando en redondo, y volviendo por estribor hacia el puerto á pasar otra vez por nuestra proa. La piedra había de hacer de áncora, y el cordel era para amarrarla al echarla al fondo, atando luego al bote la otra punta.

Estaba la mar un poco rizada, pues corría un Nordeste muy vivo, de manera que

la lancha tenía bastante movimiento, y en cuanto salimos de la barra comenzó la gente á marearse. Decíanos el amable y espléndido patrón que para ahuyentar el mareo no había mejor cosa que comer y beber de firme, y comenzó á desempaquetar provisiones que llevaba en tal abundancia como si fuéramos á hacer un viaje al Polo. Fiambres variados, galletas de diferentes clases, dulces secos, latas de conservas exquisitas, botellas de cerveza, de Jerez, de Cognac, en fin, sólidos y líquidos para todos los gustos con una profusión tentadora.

Las señoritas del cuadrilátero de popa, donde íbamos también nosotros, daban la preferencia en el comestible á los emparedados y á las galletas, de que hicieron regular consumo. En la bebida se inclinaron todas al Jerez, sin duda porque era lo que mejor sabía, y se metieron por él tan incautamente, que todas se fueron alegrando con una alegría que tocaba en las lindes de la borrachera. La mejicana, que fué de las que se alegraron más, se puso muy expansiva y muy mona, y dió en hablarme con tanta llaneza y confianza, que si dura mucho la navegación, hubiéramos concluído tuteándonos. Estaba yo más cerca del depósito de los comestibles, que era un gran periódico de América extendido sobre las

tablas, y á cada paso me pedía cosas con encantador desenfado:

—Deme usted otro poco de pollo... Deme usted otro emparedado... Deme usted una galleta, hombre, que no me hace usted caso... Acérqueme usted el Jerez, que hace ya un siglo que no he bebido... no me cuida usted nada...

—¡Pues si no pienso en otra cosa, alma mía!...

—Pues poco se conoce, porque siempre tengo que estar pidiendo...

—Bueno: yo procuraré que no tenga usted que pedir... Pero no sé si acertaré con su gusto...

—No, eso no—me dijo luego al darla un trozo de lengua:—eso para usted, hijo, que habla usted muy poco. Las mujeres no necesitamos esa comida; y yo menos, que soy una urraca...

Se había quedado distraída con la botella del Jerez en la mano, echando un discurso en elogio del mar; y queriendo yo pedírsela para que las otras señoritas bebieran, la dije:

—Hágame usted el favor, Amparo... ó *Payito*, si se me permite llamarla á usted por este nombre dulce y cariñoso que la dan las personas de su mayor agrado...

—Ese nombre—me dijo alargándome la botella,—creo que me lo dí yo misma, ¿sabe?... De chiquitina, cuando empezaba á

hablar, me preguntaban cómo me llamaba, y como no sabía decir Amparo ni Amparito, decía *Payo* y *Payito*. De entonces me ha quedado, y por él me llaman todavía la familia y los amigos íntimos; en fin, todos los que me quieren... Y también usted puede llamarme así, aunque no me quiera: por gracia especial.

—No: siendo como usted dice, no será por gracia especial, sino por derecho propio. Si pueden llamarla á usted *Payito* los que la quieren, nadie con mejor derecho que yo, porque nadie la quiere á usted tanto...

—Como usted guste; ya sé que todo esto es una broma...

—¡Ah! no; no es broma. Crea usted, Payito...

—No siga usted, Alvaro; no estoy ahora para creer nada... ¿Sabe usted lo único que puedo creer?... Que estoy algo peripitusca... vamos... medio chispa... Se me anda todo así... así...—Y hacía círculos con el índice de la mano derecha vuelta hacia abajo...

—Será que empieza usted á marearse...

—No; no me mareo nunca... Es el mareo del Jerez, bien lo conozco. He bebido mucho, ¿verdad?...

—No... no ha bebido usted mucho... Ha bebido usted lo necesario para estar más animada y... más hermosa que nunca...